

MIRADAS

El país de la infancia

Lector, ¿eres de las personas que viajan con frecuencia al País de la Infancia? Si es así, voy a hablarte de un libro que probablemente te interesará. Lo ha escrito Miguel Ruiz Martínez, se titula «La escuela y la esfinge», y narra su infancia en el campo de Orihuela. Es un libro hermoso, aunque quizá no todo el mundo esté de acuerdo con la afirmación. Ruiz no es un literato profesional y esto puede ser un inconveniente para quienes tienen de la literatura una idea de manual. Los que nos hemos formado una opinión más común de los libros, sabemos que con una pluma en la mano todo el mundo es igual. Jo-

sep Pla consideraba que la literatura no era una cuestión de literatos profesionales únicamente. «La literatura de un país —escribía— la hace cualquier que tenga alguna cosa que decir y que la diga».

«La escuela y la esfinge» no es un libro de memorias, sino



JOSÉ RAMÓN GINER

«La escuela y la esfinge», de Miguel Ruiz Martínez, no es un libro de memorias, sino de recuerdos

de recuerdos. Conviene hacer la distinción pues, de otro modo, podríamos pensar que Ruiz pretende darnos gato por liebre, y nada más lejos de su intención. El memorialista aspira a contar lo vivido, aunque después altere los hechos para dibujar un retrato que le favorezca. El escritor de recuerdos trabaja de un modo distinto: no aspira a contar lo sucedido, sino su reverberación en el momento actual. ¿Qué queda entonces de la verdad? puede preguntarse el lector. En literatura la verdad no existe, y, si existiera, no sabríamos qué hacer con ella. La dificultad —como afirmaba Stendhal— no estriba en encontrar y decir la verdad, sino en hallar quien la lea. Esa es la cuestión.

«La escuela y la esfinge» cuenta, mediante diversas escenas, la vida de un niño en el campo de Orihuela hacia 1950. A través de la voz del narrador, el protagonista asiste por primera vez al colegio, aprende a leer, juega con los amigos, escucha las historias que cuentan los mayores, ayuda a sus padres en las tareas del campo, conoce la ciudad. Ruiz Martínez reconstruye el mundo a través del niño que fue, pero la mirada es, naturalmente, la del hombre de hoy. El hecho no le resta, sin embargo, una pizca de verosimilitud al relato. El conjunto resulta un poco triste porque es verdadero. Si apartamos la capa de ternura que lo envuelve, el libro es doloroso como lo fueron aquellos años para la mayoría de las personas que los vivieron.

Leyendo estas páginas de Ruiz Martínez, uno se pregunta de dónde vendrá la idea tan extendida de que la infancia es un tiempo feliz. Como tantas otras cosas, es un invento de los adultos que adornamos esos años con los más etéreos y caprichosos atributos. La infancia es un tiempo cruel porque en él aprendemos las reglas de la convivencia que son siempre represoras. La torpeza de los mayores lo hace todo más duro de lo que debiera ser. Si guardamos un recuerdo amable de aquellos años es porque, frente a ese paisaje violento, nos sostuvo la sensación única de sabernos amados y el ansia de descubrir el mundo cada mañana. □

pecta-
escul-
une el
al de
con el
a y los
pren-
mo, el
sa ac-
ra del

El mural
de Adrián
Carrillo que
se encuentra
en la CAM
de la Rambla
de Alicante

todo
ma-
ro el
ionat-
tivas
o en-
to, la
e in-
cre-
lo.
ana-
l. No
acio-
s. La
Mi-
n su
ar a
nsar
exi-
: fue
ultu-
sitió
nal.
; hu-
tista
cepu-
useo
nos
reco-
ndo
cio a
s ne-
cre-